

INSOLACIÓN

Emilia Pardo Bazán, 1889
Ed. Mondadori, Letra Grande XL

El germen de esta novela está en una aventura que Pardo Bazán mantuvo con José Lázaro Galdiano, «un error momentáneo de los sentidos, fruto de las circunstancias imprevistas», según lo calificó ella. Esta relación se reflejó, debidamente disfrazada, en *Insolación* y en dos novelas escritas por él (*La incógnita* y *Realidad*). La autora hace constar el carácter autobiográfico de «estos libros de memorias y exámenes de conciencia que se llaman novelas» [195].

Hay alguna connotación entre la autora y su personaje: ambas son gallegas, hijas de un aristócrata que solía pasar los inviernos en Madrid y fueron casadas en plena adolescencia.

Insolación (historia amorosa) está dedicada a Lázaro Galdiano “en prenda de amistad”). Consta de 21 capítulos y un epílogo. Las cifras entre corchetes hacen referencia a la página en que se encuentra el texto precedente en la edición reseñada.

En el cap. 1, la narradora describe el sofoco que sufre Francisca Taboada, marquesa de Andrade, como consecuencia de los sucesos vividos el día anterior.

En los cap. 2/10, es la propia protagonista quien relata cómo, al cabo de dos años de luto riguroso, pasó el día completo en la pradera de San Isidro en compañía de Diego Pacheco, un joven seductor al que apenas conocía y que le hizo sentir “subvertidas las nociones de la corrección y de la jerarquía social” [63]; “mis pupilas destellaban lumbre y en mis mejillas se podía encender un fósforo (...), experimentaba una sensación agradabilísima, con la lengua suelta, los sentidos excitados, el espíritu en volandas y gozoso el corazón” [64].

En los cap. 11/21, de nuevo toma la voz la narradora para decir que Francisca Taboada, llamada Asís, fue “una niña rica, huérfana de madre, y única [a quien] se le habían cumplido cuantos caprichos puede tener en un pueblo como Vigo” [87]. Su padre pasa los inviernos en Madrid, donde Asís conoce a un primo de su madre, el marqués de Andrade, consejero de Estado, viudo y sin descendencia. Él con más de cincuenta años, ella con veinte, se casaron y tuvieron una hija. Cumplida su obligación con el mantenimiento de la especie, el marqués “supo evitar el delirio de los extremos amorosos, impropios de su edad y de la de Asís combinadas [y] dejó dormir lo que no era para despertarlo [hasta que] tras siete años de tranquila ventura, un derrame seroso cortó el curso de sus días” [89].

Después de visitar a sus tías, Asís vuelve a casa de noche. Para su sorpresa, le abre la puerta Pacheco, quien la lleva hasta la sala, la sienta en el diván, la acaricia. Asís es presa del “sentimiento eterno, la maldita curiosidad, la que perdió en el paraíso a la primera mujer, la que pierde a todas, y tal vez no solo a ellas, sino al género humano” [103].

La autora hace una descripción minuciosa de la estancia: “La sala estaba amueblada con esas pretensiones artísticas que hoy ostenta todo bicho viviente, sepa o no sepa lo que es arte, y con ese aspecto de prendería que resulta de aglomerar el

mayor número de cosas inconexas, todo resuelto, colocado de la manera que más dificultase el paso de la gente, haciendo un archipiélago donde no se podía navegar sin práctico. Y si el suelo estaba intransitable, en las paredes no quedaba sitio libre para un clavo” [104].

Paseo nocturno de Asís con su paisano Pardo recorriendo el paseo el Prado, el museo, la Cibeles, las Cortes, la Carrera, Atocha. Pardo confiesa el porqué de su quebranto. “En esto de la simpatía sexual, o del amor, o como usted guste llamarle, es en lo que se ven mayores extravagancias. A los caprichos y las desviaciones, a los brincos de esta víscera que tenemos aquí, sume usted la maraña de ideas con que la sociedad complica los problemas psicológicos” [119].

Pardo expone la diferente moral con que se juzga a hombres y a mujeres: “Imagínese usted que estamos a dos leguas de un poblachón. Suponga que exploto con maña la situación y despierto en usted ese germen que existe en todo ser humano, provocando en usted un momento de flaqueza. —¡Qué horror! —Ese horror no le parece horrible a los caballeros que usted trata y estima: al marqués de Huelva, al papá de usted, a mí, al otro... A nadie le extraña ni le importa un bledo. Tratándose de ustedes es cuando por lo más insignificante se arma una batahola de mil diablos. Una mujer de instintos nobles se juzga manchada, vilipendiada, infamada por toda su vida a consecuencia de un minuto de extravío... La infeliz de ustedes que resbala, o se salva casándose con el seductor, o la matriculamos en el gremio de las mujeres galantes hasta la hora de su muerte. Es monja sin vocación o esposa sin cariño. —¿Y la conciencia, señor mío? ¿Y Dios? —Después de una de esas caídas, la mujer se cree infamada ante su propia conciencia porque le han hecho concebir desde niña que lo más malo es eso. A nosotros nos enseñan lo contrario; que es vergonzoso para el hombre no tener aventuras, y que hasta queda humillado si las rehúye. Lo mismo que a nosotros nos pone muy huecos, a ustedes las envilece” [121/126].

Finalizada la “tarea maquina y enfadosa de pagar visitas”, Pacheco le sale al paso, una vez más, y le arranca la promesa de una cita a las nueve. Asís “comió poco, sentía esa constricción en el diafragma, inseparable compañera de las ansiedades y zozobras” [135]. Las familiaridades amorosas de Pacheco son cada vez más físicas: “respondió el amante, cogiéndola por la cintura y obligándola quieras o no quieras a que se acomodase en sus rodillas. Se resistió algo la dama, y al fin tuvo que acceder. Pacheco la mecía como se mece a las criaturas. La proximidad de los dos cuerpos ocupando un solo sillón, estrechaba también los espíritus” [141/142].

Pacheco alardea de calavera: “Yo he vivido por una docena. No imaginarás diablura que no haya catado. Soy maestro en el arte de hacer desatinos. He enfriado a un infeliz. Yo galanteé a trescientas mil mujeres y ahora me parece que no quiero a ninguna. Yo quisiera averiguar por qué me ha echado Dios a este mundo. Porque soy, además de tronerilla, un haragán y un zángano de primera. No hago cosa de provecho ni ganas de hacerla” [145/147].

Cuando Pacheco se va, Asís reflexiona: “Mareo, alcohol, insolación... ¡Pretextos, tonterías! Lo que pasa es que me gusta cada día un poco más, que me trastorna con sus palabras. Y nada, que no me desenredo. En viéndole, acabose, me perdí.” 149. Asís se siente subyugada por “su rara mezcla de espontaneidad popular y cortesía hidalga, su hermosa tristeza romántica” [150].

Asís decide emprender una huida hacia Vigo. Pero Pacheco vuelve a presentarse, sorprendiendo los preparativos. Ella pretende que está guardando la ropa de invierno

y sacando la de verano, pero Pacheco la cala: “A mí no se me engaña. Tú no me conoces, tú te has creído que me la puedes dar. Siento que gastes conmigo tapujos” [155]. Ante la insistencia de Pacheco, Asís accede a comer con él en un merendero de las Ventas. El lugar tiene salitas independientes para cobijar amantes. “Asís sintió una sofoquina de esas que están a dos deditos de la llorera y la congoja. La mujer es un péndulo continuo que oscila entre el instinto natural y la vergüenza aprendida” [165].

En el merendero, unas mozas bailan. Pacheco las requiebra y baila con ellas. Molesta por su desenfado con las cigarreras, Asís le dirige unas palabras ásperas y se marcha sola en el simón. Pacheco regresa a pie [177/181].

Despechada, Asís ultima los preparativos para el viaje: “A quién se le ocurre allí en su propia cara, ponerse a bailar con... Buen tipo estaba Pacheco. En viendo una escoba con faldas... ¡Requebrar a las cigarreras así, delante de...! ¡Y qué fatuo! Pues, ¡no había querido convencerla de que estaba enamorada de él! ¿Enamorada? No, no señor, gracias a Dios. ¡Jesús, qué cavilaciones más insensatas!” [183].

Enterado de su partida, el comandante Pardo vuelve a visitarla. Pero no solo él. “Se oyó sonar la campanilla y en el corredor retumbaron pasos fuertes, varoniles. De sofocada, la señora se volvió pálida: una sonrisa involuntaria y una luz vivísima cruzaron por sus labios y sus ojos. Pacheco entró. Asís miró al comandante, que se hacía el sueco. No hay posición más desairada que la del tercero en concordia. Un cuarto de hora tardó en preparar la retirada honrosa” [188].

Pardo se va, despoticando contra los meridionales: “No tienen fondo, no tienen seriedad, no tienen palabra, no tienen fe. Son malos padres, esposos traidores, ciudadanos zánganos, y los ve usted encumbrarse y hacer carrera. Y a las mujeres... ¡qué diablo!, estos hombres les caen en gracia” [189].

Epílogo. En el saloncito de Asís, los amantes hacen las paces. Cuando Pacheco finge poner fin a la despedida, Asís se abraza a su cuello: “—No, no, no te vas... Diego, por Dios, mi vida... —Piénsalo bien. Si me quedo ahora no me voy en toda la noche. Tú decides. —Quédate” [194].

En las líneas siguientes, queda apalabrado el casamiento y la decisión de Pacheco de convertirse en diputado por Vigo con la ayuda de su suegro.

Esta edición se complementa con una supuesta carta de la escritora Ángeles de Irisarri, trabajo excelente en el que reprocha el proceder de la protagonista y anticipa el mal fin de su aventura, poniendo de relieve la diferencia entre el pensamiento de una mujer de hoy y una de entonces, por muy “adelantada a su época” que fuera:

“Te ofuscaste, Asís, y desde el día de tu indisposición no diste un paso a derechas. El andaluz parecía encontrarse como pez en el agua entre cantineras, tahúres, fulleros, echadoras de fortuna y otras gentes de baja condición. Entre tú y yo, te diré que el mozo era altanero y vulgar, lo que está muy cerca de grosero. Lo vas a sufrir, Asís. Ya en el convite de bodas danzará con casadas y doncellas. A los pocos días no vas a soportar aquellos puros cucaracheros que fuma y el ceceo te sacará de quicio y también su vulgaridad, que para un ratito bien pero no más, querida. Por otra parte, a tu hija no le va a gustar nada su padrastro, ni a tu padre, ni a la buena sociedad de Vigo. Y cuando te encares con tu esposo y le espetes que es un calavera, entonces vas a recibir lo que tu creadora nunca quiso escribir: un rapapolvo soez y un empellón, y un moretón en la frente, pues que te darás contra una puerta. Ay, esta doña Emilia, qué jugarreta te hizo. Yo, te soy sincera, hubiera matado al patán en dos líneas, porque

no merece más espacio un sujeto de semejante naturaleza, aunque cierta simpatía parece tenerle doña Emilia, de quien se dice que era flamencota y ordinaria como el personaje. No quiero molestarte más. Si te escribo estas palabras es solo para prevenirte, pues aunque hayan pasado más de cien años de todo eso, los hombres, hombres son.

Extractos

“Aquel farsante de escritor francés (Alejandro Dumas, si no me engaño) le ofreció de limosna un vaso de agua” [al Manzanares, 41].

“Una cosa diquelo yo en esa manica, que hae suseder muy pronto, y nadie saspera que susea... Un viaje me vasté a jaser, y no ae ser para na, que ae ser pa satisfasión e toos. Una carta me vasté a recibir, y lae alegrá lo que viene escribí en eya. Una presoniya está chalaíta por usté... Amorosica de genio me es usté, pero cuando se atufa, una leona brava de los montes se me güelve...” [una gitana, 59/60].

“La estatua de Espartero, tan mezquina como el mismo personaje” [161].

“Vayasté a saber. Oigasté, mozo” [una cigarrera, 169].

“Si la señorita conociese por casualidá al menistro, o al ministrador de la fábrica, o al contaor, o algún presonaje de estos que too lo regüerven, pa q ue la chiquilla” [la misma, 172].

“Son ustés dos peasitos de terciopelo de que está formaa la bóveda celeste” [Pacheco, 174].

“Era más fino que el oro y más largo que la Cuaresma” [la autora, 175].

“En tomando de café hemos de irnos” [Asís, 176].

“Se oía ruido de chapuzón, de lavoroteo” [la autora, 187].